

1306721
SMJEG

Escuela de Humanidades
CPR-RP

Seminario Multidisciplinario TEATRO CUBANO EN UN ACTO Antología, Rine Leal, Ediciones Revolución

Aunque en múltiples ocasiones Matías Morales Huidobro rechazó el calificativo de "expresionista" para su teatro, lo cierto es que es difícil clasificarlo y definirlo de otro modo, si se observan con detenimiento esa realidad interior, deformada, simbólica en ocasiones y la manera en que su diálogo está concebido y tratado. Ya desde sus meros inicios ("Las cuatro Brujas" que ganó una mención en el concurso de "Prometeo" de 1950) hasta "Gas en los Poros" (1961), el teatro de MMH ha buscado ambiciosamente, con audacia y tanteos, trascender su propia reafirmación social e incorporarse a corrientes más o menos expresionistas, influido en menor o mayor medida por los ejemplos de la escena alemana (Kaiser) o norteamericana (O'Neill) que el autor leyó ávidamente en su adolescencia.

MMH nació en Sagua la Grande en 1931. El hecho decisivo en su existencia literaria fue el contacto, durante el Bachillerato en el Instituto de La Habana, con un grupo de jóvenes creadores que terminaban publicando en 1949 la Revista "Nueva Generación" y dos años después formando el núcleo inicial de la sociedad "Nuestro Tiempo". Dejando a un lado poemas y cuentos, MMH comenzó a escribir teatro por esa misma época y en 1951 estrenó "Sobre las mismas rocas", una con-

fusa y abigarrada historia sobre un inválido pelotero norteamericano. Luego vinieron, junto a una novela, ("El Muro de Dios", aún sin publicar), "Sucederá mañana", "El verano está cerca" (1954), "Las Caretas", "Los Acosados" (1959), "El tiro por la culata" (1961), "La Botija" (1961) y "Gas en los poros" (1961), estas cinco últimas en un acto. Entre 1955 y 1957 residió en los Estados Unidos, dedicando a efusivos trabajos para subsistir.

Durante un período de dos años, MMH ocupó el cargo de crítico teatral, así como comentarista dramático de televisión. Es probablemente su período más fértil, alternando entre la crítica y el comentario y la creación de sus mejores piezas, al tiempo que profesor de Apresiasión Teatral en la Escuela de Instructores de Arte.

A la hora de seleccionar la mejor pieza en un acto de este autor, la elección se dividía entre "Los Acosados" y "Gas en los poros". A favor de la primera estaba un tratamiento realmente impresionante y original del tiempo, que va transcurriendo "liberado" a lo largo de la obra y de ocho meses, sin interrupción alguna, salvo un ligero cambio de luz en la bombilla que ilumina la habitación. De esta manera MMH dividía el tiempo en dos magnitudes diferentes, pero al mismo tiempo

La escenografía:
una ventana al fondo sobre paredes neutras
muebles de mínimo
a un lado, dos sillones
al otro, tres sillas dispuestas alrededor de una pequeña mesita
al fondo, un aparador y una pequeña
mesita de madera con un teléfono antiguo
no es una sala ni un comedor,
es un ambiente.

La hija está cerca de la puerta, como si se moviera hacia ella.

LA MADRE: (enérgica, dominante). No vas a salir. No darás un paso hacia adelante.

LA HIJA: (retrocediendo, nerviosa, agobiada). No quiero salir, mamá, no me atrevo. (Sobrecogida, las manos en la cara). ¡Dios mío, tengo miedo!

LA MADRE: (frenética, en movimientos alucinantes, encorvándose). ¡El miedo, el miedo! ¡Es exactamente lo necesario! (Casi con euforia). Eso es bueno. Es salvable.

LA HIJA: Recuerdo las noches... Las pesadillas...

LA MADRE: (falsamente tierna). Pobrecita mía... Po-bre... Miserable corazón. (Pausa). Podríamos hacer algo. Comprendo que es difícil encontrar algo que hacer... ¡Entre estas cuatro paredes! Pero siempre se puede encontrar algún modo de llenar todo este tiempo...

LA HIJA: (lentamente). Yo sé que no me quieres explicar, mamá, pero no estoy conforme...

LA MADRE: (con cierta frivolidad). ¿Explicar? ¿Explicar? Las clases de piano comenzaban a las cinco y la música es siempre agradable. ¿Por qué no piensas en eso y te olvidas de todo lo demás? No pienses en nada maligno.

LA HIJA: No puedo estar conforme con todo esto.

LA MADRE: ¿Y quién lo está? Yo también tengo corazón. (La mano sobre la cabeza de la hija). Te hace daño. Descansa. Duérmete.

LA HIJA: No puedo dormir. Tú lo habrás notado. Por las noches me acuesto en mi cama y empiezo a moverme. Empiezo a sudar también. Las almohadas se vuelven pegajosas y todo mi cuerpo se torna grasiento. Tengo que levantarme. Me da asco.

LA MADRE: Es el verano. Estos veranos calientes, que no acaban nunca. Nos bañamos y al minuto estamos sudando.

LA HIJA: Tú también estás despierta. Lo siento.

LA MADRE: Algunas veces.

LA HIJA: Debe ser mi cuarto. No hay una sola ventana y el calor lo llena todo como si fuera un horno.

LA MADRE: Te he dicho que dejes la puerta abierta. Así podrá llegarte la brisa de la sala.

LA HIJA: (desfallecida). Estoy cansada. Espero que sea posible algo diferente. Estoy cansada de estas conversiones diarias, de esta letanía constante...

LA MADRE: ¿Y qué quieres? Después de todo, la vida en los pueblos es así, lenta como una vieja... Le pide permiso a un pie para mover al otro.

LA HIJA: (con mayor viveza). Han pasado cosas, sin embargo... Han pasado cosas...

LA MADRE: Todo está en el mismo sitio.

LA HIJA: (inesperadamente violenta). Tú escuchabas los gritos, tú conocías de las torturas en el sótano...

mia. Cuando se abre la puerta, nos encontramos con un muro. Un simple muro de ladrillos. (Con cierta ternura). Ahora podrás descansar, podrás dormir tranquila. El sótano ya no existe. Yo misma, por las noches, di fin a toda esa turba historia. (Respirando con cierta amplitud). Yo misma respiro. Me siento más tranquila desde que el sótano no existe.

LA HIJA: Sin embargo, estuvo la puerta.

LA MADRE: ¿Y quién puede probarlo? Ya no está. No podrás demostrar lo contrario.

LA HIJA: Procuras enredarme.

LA MADRE: Trato de conducirte por un buen camino, pero no quieres. Eres una muchacha... (ríe)... rebelde...

LA HIJA: Es un muro del otro día, ¿no es así?

LA MADRE: (pausada). Quieres que te lo cuente todo. Está bien. No nos cansamos de recordar. Y no tenemos otra cosa en qué entretenernos. (Pausa). Recordarás aquella mañana en que empezaron a traer los ladrillos. (Con aseo). Aquellos muchachos sucios y repelentes, casi desnudos, llenos de sudor agrio. (Con violencia). Pero había que tolerarlos. Ahora hay que tolerarlos. (Pausa). Pusieron los ladrillos junto a la puerta. Y el saco de cemento. Te dije que quería hacer una repisa. Fue una idea absurda, claro. ¡Eran más ladrillos de la cuenta! No iba a necesitar tantos para hacer una pequeña repisa. Pero tú eras muy tonta. ¿O querías hacerme? ¿Por qué no nos cuentas esa parte de la historia? ¿No quieres descubrirme? Estabas en una de esas etapas con aquellos sudores y aquellos turbios y asquerosos espasmos... Comencé mi tarea. Tenía que hacerlo yo misma, ¿Iba a esperar algo de tí? Fueron varias noches. No podía dejar que pasaran los días y que la situación se hiciera más comprometida. Quería hacer un buen trabajo, perfecto, y que

nadie se diera cuenta. Bajaba con unos pocos ladrillos y la mezcla de cemento en un cubo. (Ligera). Era como un juego. Nunca he jugado a solas, pero jugaba. Era una experiencia distinta y no tenía que compararla con nadie... Me sentía desajustada, como si nada fuera nuevamente. No, no te lo puedo explicar. Tú no me entenderías.

LA HIJA: (ahogadamente). Te entiendo.

LA MADRE: ¿Es posible?

LA HIJA: Jugabas a las trampas. Hacías trampas por las noches y eso te fascinaba, te enloquecía. Lo entiendo, mamá, lo entiendo. Comprendo tus sensaciones y tu juego. Me parece verte. Podría continuar tu historia. Podría contar tus pasos en la escalera, tu tensión en el pecho...

LA MADRE: Lo sabes... Lo sabes todo...

LA HIJA: No es todo. ¿Qué era para mí saber o no saber en aquel instante? Todo era turbio, helado, pegajoso. No comprendía... Creo que no entendía una palabra...

LA MADRE: Es demasiado fácil para tí.

LA HIJA: Sigue... Sigue...

LA MADRE: Las escaleras... El pasillo... Tenía caerme... Después de todo, no soy joven... El pasillo estaba a oscuras y tenía que algún vecino abriera la puerta de un momento a otro. Una noche, me crucé con alguien. No puedo recordar exactamente quién. Pero estaba borracho. Estoy segura. Me llegó un aliento repelente y alcoholizado en medio de la oscuridad. ¡Lo conocía tan bien! ¡Era tan idéntico! Me preguntó vagamente. Le dije que iba a sembrar jazmines en el jardín. No distinguíamos casi nada. A veces me pongo a pensar que fue una ilusión, una pesadilla. Comenzamos a reír al mismo tiempo, nerviosamente. "¿Jazmines en el jardín?", me dijo. "¿A estas horas de la noche?" Me era difícil explicar todo aquello: el cubo,

LA MADRE: Estabas al tanto de todo. Sabías tanto como yo.

LA HIJA: Tú me hiciste estúpida, pequeña, mezquina...

LA MADRE: Te dabas cuenta y comprendías la difícil situación en que nos había dejado tu padre... No quiero hablar de él... Pero tenía que sacar el dinero de alguna parte... Claro, tenía las relaciones... Y también me veía obligada a prestar algún servicio... El sítano no era más que un simple negocio. No me podía negar. El sítano estaba vacío y ellos lo sabían. Querían arrendarlo. ¡Aquellas cosas se hacían! Yo no tenía la culpa. No podía hacer nada y ellos tenían las armas en la mano.

LA HIJA: (abatida). Una pequeña pesadilla.

LA MADRE: Has sido siempre una muchacha enferma. (Se acerca suavemente). Déjame ver ese rostro. (Le alza levemente la cabeza). Estás pálida, tiembas. ¿Por qué no lo olvidas todo y decides vivir una vida tranquila, en paz? Estamos un poco nerviosas, es cierto; pero nos quedaremos aquí. Un pedazo de pan, un poco de comida... Te lo he dicho mil veces... Y aquí no ha pasado nada, como aquel que dice...

LA HIJA: Y si te dijera que escucho.

LA MADRE: ¿Escuchar? No hay nada que escuchar ya.

LA HIJA: ¿En dónde me has encerrado, mamá? ¿En qué cárcel he vivido durante todos estos años?

LA MADRE: Sigue así con ese entusiasmo, con esa alegría contagiosa. Ya verás. Hazle el juego a la gente. Escucha. ¿Qué escuchas? ¿Qué escuchas?

LA HIJA: No, yo no entiendo nada. (La voz quebrada). Creo que he envejecido tanto en los últimos años que ya no me recuerdo. (Pausa). ¿Oyes?

LA MADRE: (se acerca a las persianas). Esos ruidos no te dejan dormir. Cerraré las ventanas.

LA HIJA: Escucho, mamá. Necesito un poco de sol, un poco de aire.

LA MADRE: Hay que cerrar. Entra el polvo de la calle.

LA HIJA: Necesito un poco de sol, un poco de aire.

LA MADRE: Olvida... Olvida...

LA HIJA: No, quiero recordar precisamente.

LA MADRE: No estoy dispuesta a repetir nada. Eso me agota.

LA HIJA: Me gusta escarbar como las hormigas. Tú me lo has negado todo. "Mamá no quiere", "Mamá no me deja".

LA MADRE: Cállate, entretente en otra cosa. Cualquiera cosa. Las escenas me cansan. Y no conducen a ninguna parte.

LA HIJA: (aferrándose a la madre). ¡Quiero ese aliciente, mamá, quiero ese aliciente! ¿Y si no he vivido otra cosa? ¿Podré hacer algo?

LA MADRE: Nada. No hay nada destinado para ti.

LA HIJA: Entonces dame ese veneno. Es un sopor que me calma. Si estoy demasiado vieja, sólo me queda el pasado. (Alzándose). El General, el Alcalde, el Senador, el Representante, el Sr. Jefe de la Policía, la vieja camarilla, mamá...

LA MADRE: No quiero...

LA HIJA: Entran. (La hija alarga la mano. La escena comienza).

LA MADRE: (nerviosa, arreglándose los cabellos). Pero han entrado demasiado pronto. Te gusta que haga el ridículo ante ellos. No han dispuesto la escena. Las tazas de café...

LA HIJA: (coloca las tazas de café sobre la mesita). Ya está listo.

LA MADRE: El Jefe de la Policía me admira.

LA HIJA: (bajo). Pero tiene la camisa manchada de sangre.

LA MADRE: La escena. Recordarás que volvimos al pasado. Quisiste recordar. Estoy junto a la puerta. Bajé hasta el sótano. Por favor, termina. Me canso. ¿Qué objetivo tiene recordar? Ni siquiera nos entretiene.

LA HIJA: Regresaron.

LA MADRE: Y tú estabas junto a la puerta, en acecho.

LA HIJA: Esperaba.

LA MADRE: "Estás pálida, ¿qué te pasa?"

LA HIJA: "Esos pasos, ¿Ha pasado algo?"

LA MADRE: "¿Qué podría pasar?" (Volviendo la cabeza hacia la puerta). "¿Ha pasado algo, señor Ministro?"

LA HIJA: "Nada. Es el viento. Estamos en septiembre y los ciclones... ¿Va Ud. a la escuela? ¿No le enseñan en la escuela el problema de los ciclones?"

LA MADRE: "Mi hija sabe tocar el piano".

LA HIJA: "Sí, pero ya no me acuerdo".

LA MADRE: (bajo). Las tazas, las tazas otra vez. Nunca estás alerta. Nos sentamos otra vez y volviste con el café.

LA HIJA: "¿Y el jefe de la Policía?"

LA MADRE: "Se está bañando".

LA HIJA: Entonces está manchado de sangre. (Ha terminado de colocar las tazas sobre la mesita y se sienta de frente al público).

LA MADRE: (violentamente se pone de pie). Eso no está en el papel. ¿Supones que porque todo ha cambiado y porque esta casa no es la misma de antes estoy dispuesta a tolerarlo todo? No quiero que alteres el pasado. No te permitiré que agregues una sola palabra. No dijiste eso.

LA HIJA: Pero lo sé ahora.

LA MADRE: Demasiado tarde. Te he consentido demasiado. Te aprovechas de mi desgracia. Pero esto no durará mucho, ¿entiendes? No durará nada. El pasado es un cadáver que apesta y tú y yo pertenecemos a

ese pasado. Está bien. Lo reconozco. No permitiré que agregues a ese pasado palabras que no fueron dichas.

LA HIJA: Porque tú me ahogabas. Por eso no fueron dichas.

LA MADRE: Porque yo gobernaba en esta casa y porque voy a seguir gobernando. No eres libre, hija mía. Aunque los demás sean libres, tú no lo eres ni lo serás.

LA HIJA: (vacilante). ¿No entiendes? Sólo quisiera un poco de aire... No es mucho pedir... A veces, entre las persianas, contemplo lo que es una calle y no acabo de entender las aceras, la gente, los autos...

LA MADRE: ¿Y qué derecho tienes tú a mirar a la calle? ¿Cómo te atreves? Vivir en el recuerdo, pero en un recuerdo sin palabras de más. Repitiéndolo todo tal y como fue dicho.

LA HIJA: Pero es que oigo palabras. Extrañas palabras que están en el aire y que no pueden callarse.

LA MADRE: (algo alarmada). Llamaré al jefe de la Policía. Te estás volviendo un poco peligrosa y yo estoy un poco vieja, ligeramente achacosa.

LA HIJA: El jefe de la Policía está muerto. Ha sido condenado.

LA MADRE: (se acerca al teléfono). Llamaré al jefe de la Policía.

LA HIJA: Bien sabes que estamos incomunicadas. Ya no puedes comunicarte con nadie. El teléfono ya no funciona para tus crímenes. Tus crímenes, mamá. No soy completamente tonta.

LA MADRE: Piensas acorralarme.

LA HIJA: Te parabas junto a la ventana y los veías. Veías a los jóvenes hablando en las esquinas y reconocías fácilmente a los culpables. A los inocentes, querré decir. Los culpables del heroísmo.

LA MADRE: Inventas. No, tiene nada de malo. Me molestas, no te lo voy a negar, pero ahora que estamos solas, hay que pasar el tiempo... Me resigno... Ya no tengo al jefe de la Policía... Y volver al pasado me agota, mucho más cuando tñ te empeñas en agregar palabras que no se dijeron jamás... Empieza el juego... Te escuchó...

LA HIJA: (empieza el juego). Anoche, cuando dormitaba junto a la ventana, ella se acercó nuevamente. Tenía una nueva historia. Me lo explicó todo lentamente, con una voz extraña, con una voz nueva y distinta... Un murmullo dicho a través de un confesionario...

LA MADRE: Me aburres...

LA HIJA: (ella está al fondo del escenario, a espaldas de la madre. La madre está sentada al frente, mirando hacia el público). Por la tarde estaban todos reunidos en la sala. Eran casi las siete y todos tenían que acostarse porque eran casi las siete y a esa hora todos tienen que ir a la cama y dormir. Se había escapado tres veces, pero ya estaba cansada de escapar y regresar. Su tía había hecho algunas alusiones en la mesa, con su tío.

LA MADRE: Su tía es una mujer extraordinaria, a la antigua. Domina a la casa. Los criados no respiran, no descansan. A veces creo que soy demasiado liberal cuando me comparo con ella. Pero no le va mal. Todos la respetan y nadie se mueve cuando ella da con su bastón en el piso.

LA HIJA: Ella escuchaba. Estaba atenta. Temblaba. Hablaban.

LA MADRE: "Anoche, a eso de las once, sentí que se abría una ventana. Temí que fuera algún rebelde. Son a veces demasiado osados. Puse mi mano en el rifle, por si tenía que disparar. Supongo que fuera el viento. Pero debemos estar alerta. Son tiempos peligrosos. En

cualquier casa puede pasar lo mismo y no hay otro remedio que matar".

LA HIJA: Ella sabía que la estaban acechando. De un momento a otro podrían descubrirla y entonces podrían encerrarla entre las cuatro paredes de su cuarto, sin ventana, sólo con una abertura en el techo.

LA MADRE: Un cuarto muy práctico, por cierto.

LA HIJA: La tía pidió un cigarro.

LA MADRE: "Un cigarro... Un cigarro... Hace días que no fumo".

LA HIJA: (se acerca a buscar el cigarro y la fosforera). Los cigarros estaban al fondo, en la pequeña mesa junto a la ventana. Ella se los alcanzó. Pero antes miró a través de la persiana y contempló la extraña calle, abierta y libre. Su tía hablaba de los rebeldes, de la guerra, de los bombardeos...

LA MADRE: (mientras enciende un cigarro). "¡Que je quemem las cañas! ¡Que arda todo! ¡Que no quede otra cosa que ceniza y sal! ¡No les parece? ¡No es lo mejor?"

LA HIJA: Todo el mundo comenzó a reír. Ella retrocedió hacia la ventana y se sostuvo. Contempló la calle nuevamente, furtivamente, casi con miedo, cuidando que nadie se diera cuenta. Nadie se daba cuenta. Estaban en su mundo... Entonces le pidieron el vino... Todo el mundo le daba la espalda y nadie se daba cuenta... Estaba cansada de aquellos siglos de opresión, de silencio, de palabras que no fueron dichas... Se acercó lentamente y comenzó a llenar las copas... Entonces, recordó la gaveta... Los gatos... El veneno para los gatos que corrían, que se retorcerían sedientos por los tejados... Su tía había disfrutado tanto de aquellas muertes. (Con el veneno ya en su mano). Lo tomó en la mano.